



Comentario bibliográfico

Entin, Gabriel et al.: *Crear la independencia. Historia de un problema argentino*, Buenos Aires, Capital Intelectual, 2016.

Tomás Guzmán

Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"
- *Universidad de Buenos Aires / CONICET*

tomcavi@gmail.com

Fecha de recepción: 24/11/2016
Fecha de aprobación: 28/11/2016

El ciclo de los Bicentenarios ha motivado una serie de trabajos de síntesis encarados por historiadores y destinados a un público amplio. Es cierto, sin embargo, que estas propuestas abarcadoras han sido menos abundantes en este 2016 que estamos atravesando, con respecto a lo observado en 2010. De aquel movimiento, *Crear la independencia* es un muy buen ejemplo. El libro ofrece un muestrario seleccionado de las preguntas que han venido organizando la labor de investigación y docencia de los historiadores profesionales sobre el evento de 1816, o más en general sobre la época en la que aquél se enmarca: una época de revoluciones, guerras e independencias en América, y en la sección de ella que terminó siendo la Argentina.

Aquella selección busca servir de material de divulgación para un lector ajeno a los especialistas. Según se declara en el prólogo, en este libro se encontrarán "...interpretaciones más complejas narradas en forma simple" (p. 10). Como suele hacerse en estas iniciativas formadas por

académicos, se evita ofrecer una narración de una única pluma (o teclado, para actualizar la metonimia), y se da paso a un equipo de historiadores, quienes resumen en cada capítulo los temas de sus campos específicos de interés. El prólogo propone, en este caso, una lectura de cruce de las contribuciones particulares. Al registro de tono relativamente didáctico, se le suman unas pocas notas eruditas, y la referencia a algunos trabajos importantes como bibliografía complementaria.

Esta concepción del libro para un “público amplio” limita la utilidad de esta reseña. Pues para mí, un lector especializado al fin y al cabo, es muy difícil escindirme de este rol, para poder apreciar con la frescura del lector menos imbuido en las propuestas historiográficas recientes verdaderamente qué tienen ellas de interesante para decirle, si es que tienen algo... Esa escisión sólo podría lograrse, se me ocurre, o bien a través de la literatura, y entonces tendríamos que crear un nuevo género de cuño borgeano: una reseña firmada por el lector imaginario que está detrás de todos los ejercicios de “alta divulgación” y escrita como si nos colocáramos en su mirada lectora. O bien, recurrir a formas más prácticas propias de las ciencias sociales, como encuestas, grupos focalizados, etnografías, que pregunten a los propios lectores qué leen cuando leen libros como éstos, por qué los eligen, qué ideas se llevan, cómo usan esos conocimientos. La apelación a reseñas ficcionales no me atrevería a sugerirla en este ámbito. Los ejemplos de sociología y antropología del lector de libros de historia son escasísimos¹. Esta escasez contrasta con la preocupación creciente por el aislamiento profesional y la declamada voluntad por expandir la audiencia más allá del estrecho círculo de los colegas (e incluso de los colegas especializados en ciertos campos temáticos o temporales).

Dicho esto, hemos de lamentar, tanto Ud. lector de esta reseña como yo, su autor, que no se enfrente este comentario desde la pregunta realmente relevante: ¿qué efecto puede tener este libro en un lector no especialista al que va dirigido? ¿En qué medida han tenido una concreción eficaz los objetivos de esta compilación: generar en ese lector imaginado un cambio de concepción sobre el pasado, o por lo menos, un cuestionamiento de la idea que sobre él pueda haber tenido previamente?

1 Pienso en un trabajo como el dedicado al consumo de *best sellers* de tema histórico luego de 2001: Semán, Pablo: “Historia, best-sellers y política”, en *Bajo continuo*, Buenos Aires, Gorla, 2006.

No resignado a dejar de decir algo, intentaré otra vía para este comentario bibliográfico.

Asentaré, en primer lugar, los temas principales abordados en cada capítulo. El prólogo de Gabriel Entin, quien ha tenido a su cuidado la edición del libro, plantea y resume las principales preguntas en torno del “momento de la Independencia” que surgen de su interés y de lo propuesto en los otros capítulos: ¿Qué sujeto político declaró la Independencia? ¿Cuál fue la vinculación entre la independencia y el proceso revolucionario (y sus intentos de cerrarlo en aquella coyuntura con la apelación al “orden”)? ¿Cuáles fueron los motivos que explican la declaración de independencia en 1816? Luego Marcela Ternavasio se propone revisar los documentos fundacionales del *Acta de Independencia* y del *Manifiesto a las Naciones* en un contexto de discursos y lenguajes previos y contemporáneos en la escala atlántica. Señala los silencios, o los cambios, que se introducen con estos documentos a la hora de justificar la acción política en ellos contenida, y traza hipótesis que puedan explicar las elecciones discursivas que formatearon los diputados del Congreso. En el siguiente capítulo, Alejandro Rabinovich reconstruye el contexto militar de 1815-1816, cardinal para explicar la decisión de la independencia. En particular, hace énfasis en el cambio de estrategia que implicó la adopción del plan sanmartiniano (abandonar la ofensiva terrestre por el Alto Perú y avanzar en cambio hacia Chile y posteriormente al Perú por vía marítima), y las distintas valoraciones que sobre sus consecuencias generó en los actores de la época. Geneviève Verdo, por su parte, analiza la declaración de independencia desde los que reconocemos hoy muy claramente como sus autores: los “pueblos”, las provincias, y la vincula no sólo con el acto de crear una nueva Nación, sino también con las “otras declaraciones”, los actos de independencia y soberanía que después de 1816 afirmaron a esas provincias como Estados confederados. La historia política del Alto Perú se introduce de la mano de Sergio Serulnikov, para entender la participación de varias provincias altoperuanas que estuvieron representadas en el Congreso de 1816. Serulnikov coloca esa representación en una genealogía y despliega en particular la evolución de las experiencias políticas de Chuquisaca (Sucre) desde 1780 hasta 1809. En el capítulo final, Jorge Gelman ofrece una mirada de largo plazo de las economías rioplatenses, y de los cambios que fueron consecuencia de la Independencia entendida como la ruptura del orden económico colonial. Gelman refuerza la idea de que la consecuencia principal fue una creciente divergencia en la riqueza de las provincias: algunas, y sobre todo Buenos Aires, pudieron aprovechar las nuevas oportunidades abier-

tas, mientras que otras, la mayoría, debió afrontar penosamente el tránsito a un nuevo orden económico que las incluyera.

En el entramado de estos temas, pueden encontrarse de capítulo a capítulo aspectos comunes que van definiendo una manera de ver el pasado y entender el “momento de la Independencia”.

Primero, la reconsideración de la Independencia dentro de la crítica al “mito de los orígenes” de la nación argentina. Al no dar por preexistente a esta nación, la Independencia es vista como fundando una nueva nación, pero no necesariamente la Argentina, sino un cuerpo político al que se denominó entonces Provincias Unidas en Sud América, y que buscaba su definición en un tiempo de tormentas de amplia escala. Al mismo tiempo, la declaración de 1816 no es vista como la culminación de lo iniciado en 1810. Y esto porque en la fecha temprana no estaba planteada la independencia absoluta como proyecto principal y prístino. Y porque lo que intenta justificar la Declaración es la existencia de una unidad política como parte de una estrategia diplomática y de guerra, cuyo objetivo era el “fin a la revolución, principio al orden”². Luego de unos años llenos de tantos eventos amargos, y en especial del aciago 1815, la élite de la Independencia estaba empeñada en “...quitarle contenido revolucionario a la política”, como bien resume Entin (p. 18).

Que todo esto se lograra no era nada claro. Donde la historiografía tradicional veía unas cadenas fuertes que armaban un relato orgánico que llevaba al destino final del Estado nación argentino, los historiadores actuales han privilegiado la contingencia como forma de interpretar las acciones históricas. Se despeja el camino para retratar las incertidumbres de los actores y con ellas las ambivalencias en la acción y en el significado que sacaban de sus experiencias. Este “momento de la Independencia” fue abundante en estos ingredientes. Esta forma de ver permite recuperar los caminos alternativos, las posibilidades políticas abiertas y las formas de encararlas, que fueron muchas veces motivos de disputas, tensiones y conflictos. La Independencia deja de ser un acto inexorable para convertirse en un problema, un acontecimiento que hay que explicar. Estas propuestas forman parte de un ejercicio más fundado y sistemático por entender a los actores his-

2 “Decreto del Soberano Cuerpo Nacional”, 1º de agosto de 1816. Fue publicado por Bando en la ciudad de Buenos Aires el 25 de agosto y acompañaba el *Manifiesto* justificativo de la Declaración de Independencia. En *Gazeta de Buenos-Ayres*, No. 70, 31/08/1816.

tóricos en su contexto. De allí la renovación de la historia política de prácticas, discursos y lenguajes, o de temas tradicionales que son revisitados como la historia de la guerra y de la diplomacia.

Aquí, sin embargo, el enfoque explicativo de Gelman es el que menos cuadra y es interesante detenerse un instante a pensar por qué. Al trazar un gran cuadro de los cambios económicos y buscar aislar sus características más relevantes, la manera de argumentar de Gelman no parece dar lugar a caminos alternativos e incertidumbres, sino que en ella prima una visión estructuralista, que da más peso al impacto de fuerzas impersonales de muy difícil intervención por parte de los actores concretos, como el azar, la ubicación geográfica de las regiones, la expansión de la revolución industrial o la modificación del costo de los transportes marítimos. ¿Es esto necesariamente incorrecto? No lo creo. La potencia de estas diferencias argumentativas debería estar en reconocerlas y ponerlas en diálogo. ¿Hasta qué punto aquellas incertidumbres y tensiones de la coyuntura de 1816 tenían que ver con la disgregación de un orden económico cuyo reemplazo no era fácil de advertir por los actores? ¿No estaba el proyecto de una nación, cualquiera fuese, determinado por la divergencias económicas que se estaban gestando? A su vez, ¿no habrá impactado en el devenir económico la imposibilidad de unir a los pueblos en un cuerpo político de nación? Sería excesivo seguir el hilo de estas preguntas; no muy originales, por cierto, si recordamos que sobre ellas planea la sombra de Juan Álvarez. Apenas señalar que entre el peso de las “cosas”, en su entramado de causas y efectos estructurales, y las acciones de los actores históricos existen múltiples relaciones, que están disponibles para ofrecer una explicación más rica y compleja del pasado. Como apostilla, habría que decir que la opción de Gelman por rastrear las “consecuencias económicas de la Independencia” es sintomática del abandono en el que parece haber caído un problema hasta no hace mucho tiempo bastante clásico: el de las causas “económicas” del proceso revolucionario.

Por otra parte, dejar atrás el molde patriótico de las fronteras nacionales para las narraciones del pasado, permite un rico juego de escalas, como nos recuerda el capítulo de Ternavasio. Empezando por la dimensión imperial en disgregación, pero también por el mundo atlántico al que se recurre en una historia articulada por el concepto de la “era de las revoluciones”. Y, claro, vuelve centrales a quienes mencionáramos como los actores políticos fundamentales: “los pueblos”, las ciudades provinciales y sus élites dirigentes, desunidos en 1815 y que la Independencia

trata de volver a unir. Así se valora la decisión de incluir un capítulo sobre las provincias del Alto Perú o el que específicamente dedica Verdo a estudiar las “otras independencias”, las de esos pueblos. También el plan continental y americanista de San Martín, o la desintegración del espacio colonial peruano articulado por la minería de Potosí, pueden incluirse en este juego de escalas.

Con estos elementos a la vista, someramente analizados, ¿puede decirse que el libro sintetiza las preocupaciones de los historiadores profesionales pasibles de ser transmitidas al gran público? En buena medida, sí. Esta compilación refleja consensos historiográficos sobre la historia del siglo XIX que hacen de esta disciplina una obra colectiva en marcha. Por otra parte, el editor enuncia explícitamente que lo que se propone es una “lectura diferente” de la Independencia frente a otras corrientes: “nacionalista”, “revisionista” y “neorrevisionista” (pp. 9-10). De este enunciado y de la lectura del resto de los capítulos, no parece ser el propósito de este libro mostrar tensiones o debates al interior de los historiadores profesionales, y la apelación al equipo de especialistas no genera necesariamente un efecto disruptivo en este sentido.

Pero algo falta. Nuevas perspectivas historiográficas han resaltado la participación plebeya en la política durante los años de la Independencia, así como la existencia de proyectos políticos diferentes en cuanto a su vínculo con esa participación. Hay que establecer un puente entre estas perspectivas y el lugar que en esta compilación se le asigna al análisis político y discursivo del “orden” (véase, sobre todo, el prólogo de Entin, pp. 12-19). En la mirada de los dirigentes del Congreso de Tucumán centelleaban los “furores plebeyos” y éstos condicionaron las decisiones y los lenguajes que aquellos adoptaron en la coyuntura. El problema de la “anarquía” y el “orden”, central en estos años, no puede entenderse sin una lectura de clase, que introduzca el grado y la naturaleza que había alcanzado la movilización política popular en una sociedad transformada por la guerra y la revolución. Por eso, tampoco puede obviarse el impacto recíproco de la experiencia artiguista, en la medida que ésta no sólo ponía en tensión el eje centralismo/confederacionismo, sino que también planteaba un tipo de vínculo político-social entre gobernantes y gobernados mucho más “radical” que el que los líderes de la independencia de las Provincias Unidas estaban dispuestos a aceptar. Las decisiones de éstos, incluida la Declaración, trataban de conjurar esos fantasmas. Es esta dimensión de la “política popular” la

que falta en esta compilación³. Sumarla al resto de las series explicativas trazadas en el libro, sin desmedro de ninguna, habría contribuido a un cuadro más justo que explicase, de formas renovadas y desmitificadoras, el “momento de la Independencia”⁴.

Entonces, he terminado por escribir un comentario bibliográfico que ofrece apenas una nota crítica del *mix* de visiones que en este útil libro se proponen. Ajustar esa oferta para reflejar mejor el estado de la historiografía profesional puede ser un ejercicio más o menos legítimo, que es posible seguir debatiendo, pero creo que al final lo que necesitamos es el veredicto del lector desprejuiciado... de los prejuicios de los especialistas, se entiende.

3 Como se propone en otras compilaciones: Fradkin, Raúl (ed.): *¿Y el pueblo dónde está? Contribuciones para una historia popular de la revolución de independencia en el Río de la Plata*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2008. Fradkin, Raúl y Di Meglio, Gabriel (eds.): *Hacer política. La participación popular en el siglo XIX rioplatense*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2013.

4 Aunque no puedo extenderme en los detalles por economía de espacio, quien se acerca más a este tipo de enfoque en esta compilación es Sergio Serulnikov en su capítulo sobre las formas de hacer política y las identidades colectivas durante la crisis del orden colonial en Charcas.